



MOTOR de **ESCRITURA**

Un taller para
democratizar la palabra

**INSTITUTO
CULTURAL**



GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE
BUENOS AIRES

Esta es la segunda compilación de relatos breves escritos por participantes de los talleres del **Motor de escritura**: el programa de democratización de la palabra para las y los bonaerenses, coordinado por **Marina Arias y Ulises Cremonte**.

Los 66 textos aquí publicados fueron escritos en 2023, durante la realización de los talleres en las ciudades de: **Ensenada, Laprida, Avellaneda, Tres Lomas, Pehuajó, Villa Elisa, Benito Juárez, Rafael Castillo, Luján, Los Toldos, Dolores, Arturo Segui, Tapalqué, La Plata, Virrey del Pino y Arrecifes**.

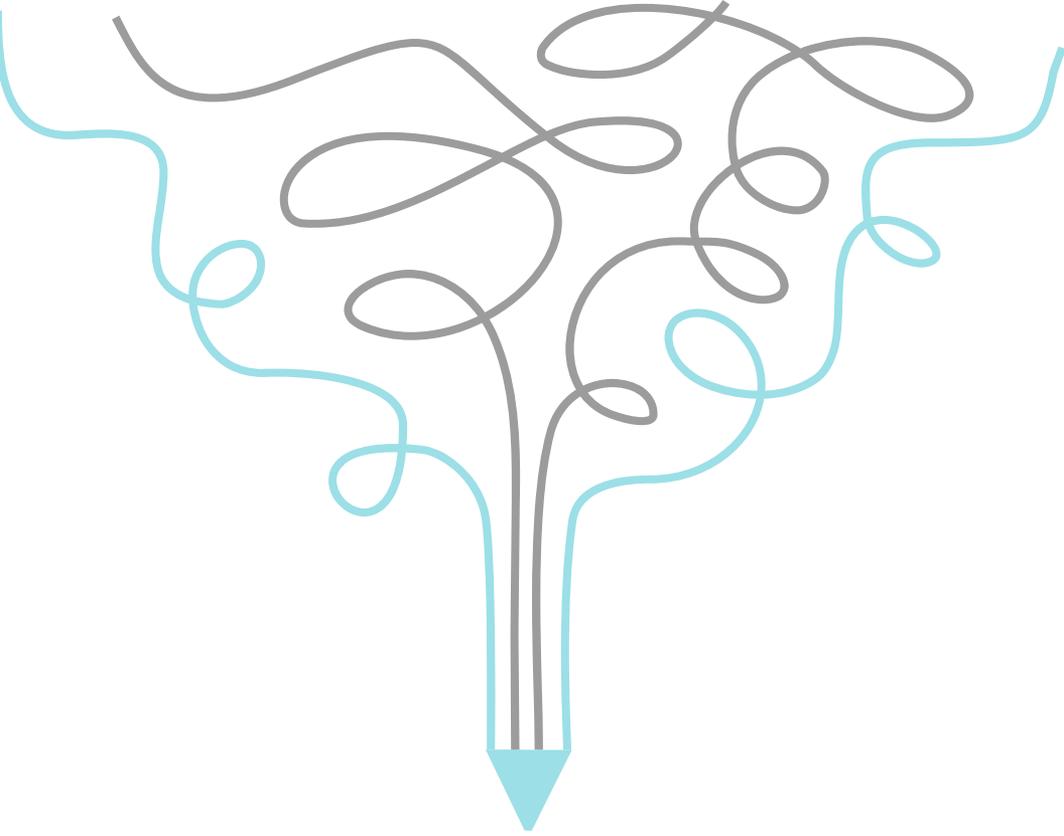
Se priorizó, para su publicación, la espontaneidad orgánica de los escritos, que en su mayoría fueron realizados durante el desarrollo de cada uno de los encuentros. La escritura es la foto de un pulso, y, en tal sentido, tratamos de que este catálogo sea una muestra viva, no precisa sino necesaria aún en sus supuestas imperfecciones.

¿Qué es Motor de escritura?

Se trata de un programa cuyo propósito es brindar herramientas y conceptos para posibilitar la expresión escrita de los y las habitantes de la Provincia de Buenos Aires en breves ficciones para tejer redes de comunicación y expresión en virtud de las características propias y exclusivas de la ficción: la aparición en ella de sentidos e imaginarios que no aparecen en otros discursos no-ficcionales y de los que muchas veces ni siquiera los mismos productores son conscientes porque la ficción abreva en el inconsciente individual y en el colectivo.

La propuesta consiste en la organización y dictado de talleres de producción de relatos breves para que la comunidad se familiarice con la posibilidad de expresarse en textos ficcionales (algo que todos y todas somos capaces de hacer si se nos brinda la confianza y se nos transmite la concepción de la escritura como un trabajo de producción, corrección y reescritura, completamente alejado de cualquier idea asociada a la inspiración o el talento individual).

La iniciativa se propone, además, el diálogo permanente con referentes de cada territorio para enriquecer la propuesta y hacerla más fructífera con el aporte de sus conocimientos específicos sobre la comunidad y las posibilidades escriturales de aquellos y aquellas que se vinculen o se interesen en la escritura de ficción, así como el posibilitar que los talleres se repliquen y multipliquen a manos de quienes hayan participado en alguno de los eventos del Programa.



1.

El colectivo.

Podía sentir cómo las gotas de lluvia rebalsaban el marco de mis cejas para caer sobre mis ojos nublándome la vista. Estaba a merced de las inclemencias del clima y desde hacía media hora aguardaba impaciente las luces rojas que me devolverían a la comodidad de mi hogar; los grises nubarrones y la torrencial lluvia me impedían ver a la distancia así que resolví bajar a la calle para ver si se acercaba el colectivo, entrecerré mis ojos para enfocar mejor pero solo se distinguían pequeños puntos de colores que bailaban entre todo ese gris de cemento, lluvia y edificios; mientras cavilaba al ver cambiar los colores del rojo, al amarillo, al verde y al rojo nuevamente por la calle contraria pasó un auto a gran velocidad que me ensordeció con su bocina y me empapo con una lluvia que nacía desde el suelo helando todo mi cuerpo e impidiéndome respirar, subí a la vereda atropelladamente intentando ponerme a reguardo del miedo mientras limpiaba las lágrimas de lluvia de mi rostro, al fin pude ver que a la distancia se acerba el colectivo; mientras le hacía señas para frenarlo intente leer el cartel que anunciaba su destino y cuando freno para que me suba vi mi nombre escrito.

Becky Bleichman

Ensenada

2.

Sombra

Te vi caminando, muy ligero, ¿a dónde ibas?

¿Me buscabas? No sé para qué. Algo vi escrito en una pared, ¿sería mi nombre o algo parecido?

¿Nos volvemos a ver o dormís acá?

No te diste vuelta, seguiste por ese camino de pedregullo con muchos árboles. No sé dónde era. Bueno, tampoco me interesaba tanto, ¿para qué?

Ya eras una sombra.

Dolores Guitierrez

Ensenada

3.

Lejano

Los nubarrones filtraban una claridad tenue, que se filtraba al comedor con displicencia. La casa estaba en silencio, sólo oía el arrullo de la lluvia, que caía sobre las baldosas del patio, los juguetes de los chicos y el cantero repleto de flores. Leí mi nombre, escrito en la taza que me habían regalado el pasado octubre, y tomé un sorbo de té. Sonreí y volví a mirar los juguetes, un acto reflejo en el que apenas reparé. Estaba de pie frente a la ventana, viendo cómo las gotas rodaban con displicencia por el vidrio y arrastraban el reflejo de esa mujer que parecía aguardar algo, vaya una a saber qué. No estuve segura de reconocerme en esa figura de mediana edad, que aún se mantenía en peso, pero empezaba a perder la silueta de su juventud.

Quizás fuera porque aún guardaba la esperanza de ser la misma de hace quince años, cuando lo conocí en el primer año de la facultad; o tal vez quien era tres años después, cuando volvimos a encontrarnos en una fiesta, y se acercó con aquel andar desenvuelto y esa sonrisa, siempre su sonrisa. La noche se unió con la mañana siguiente, y desde entonces caminamos juntos.

Todo eso suena tan lejano.

Juan Pablo Caso

Ensenada

4.

Resol. 259/15

El auditorio era mucho más pequeño que mi recuerdo, o tal vez nosotros éramos muchos.

Recordé su mirada, su empatía, la sonrisa y sus bromas, el amor, su solidaridad, la lucha.

Un sudor helado corrió por mi espalda, las manos me temblaron, no pude sonreír para la foto.

La butaca fría y mullida me atrapó al regresar a mi lugar, apenas fui capaz de abrir esa carpeta que decía “Legajo Reparado”.

Comencé a recorrerla con lentitud, acariciando la primera hoja.

En la segunda vi mi nombre escrito justo trece renglones debajo del suyo.

María del Carmen Chiavaro

Ensenada

5.

Literatura

En una cita con el médico, mientras espero, empiezo a leer una revista. De repente me sorprende ver mi nombre escrito en la portada de esa revista, empiezo a mirar más adelante y veo a uno de mis versos redactado de una manera simple pero atrayente.

Inmediatamente pensé a quien le di uno de mis versos.

Medité en ello, y recordé a un viejo amigo compañero de colegio, ahora ya un escritor y periodista, quien me había prometido publicar uno de mis versos.

Luego de la visita médica me voy a mi departamento, tomo el ascensor y me encuentro con mi amigo Rody, nos saludamos, nos dimos un fuerte abrazo.

Y ahí me confirmó que fue él quien publicó mi verso. Quise darte una sorpresa me dice con una sonrisa a flor de labios.

Noto que vamos al mismo piso, le pregunto ¿vos vivís acá?

Me dice sí, me mudé hace poco.

Entonces le digo que bueno.

Él me dice sí, ahora que sé dónde vivís, te invitaré a que conozcas mi lugar favorito de literatura, luego nos volveremos a ver para una cena muy especial, ¿qué te parece?

Dale así nos volvemos a ver...

Mercedes Elisa Amarillo

Ensenada

6.

Lazos

Cuando volvimos a vernos, mi hermano Juan y yo, me sorprendí. Estábamos algo diferentes. Él siempre había sido más alto y más rubio, pero ahora estaba muy delgado y pálido. Yo ya tenía muchas canas pero estaba más fornido y bronceado. Se quedó en el marco de la puerta de mi casa, después de que yo le abrí, con su carita blanca y fría de Chicago.

—¿Vos dormís acá? —me preguntó.

—Por supuesto, no solo duermo, sino que vivo acá, con mi mujer y mis hijos.

El barrio seguía siendo humilde y él venía de otro mundo. Recordé lo bien que nos llevábamos de chicos, los juegos y travesuras compartidas. También la época del secundario, nuestras complicidades y confidencias. Luego fuimos a la Universidad, y cuando yo estudié Educación Física él se dedicó a la economía. Todo seguía bien, hasta que decidió ir a Estados Unidos, para hacer un máster, era algo normal, quiso perfeccionarse. Pero se quedó allá, y aún se casó allá. Me alegré por él.

Lo malo fue que nuestros padres envejecieron. Entonces yo me quedé en el barrio, cerca de los viejos y acá radiqué mi familia.

Reconozco que Juan llamaba por teléfono, bastante seguido. Después hubo mensajes de texto y algunas videollamadas. Pero estaba tan lejos.

Primero se fue papá, cuando lo suyo fue rápido. Antes de partir me dijo:

—Decile a tu hermano que lo quiero.

—Sí, papá. Él lo sabe y también te quiere mucho —le respondí.

Lo de mamá fue más difícil, más largo y cruel. Con búsquedas de acompañantes y compra de pañales para adultos y medicamentos.

No se dignó a venir a vernos, nos abandonó. Decía no tener tiempo suficiente para viajar hasta Buenos Aires

En ese tiempo lo odié, y me dije que no lo reconocería como hermano, que no le dirigiría más la palabra ni por teléfono.

Cuando estaba en la puerta de casa, en ese momento en que volvimos a vernos, nos reconocimos; y entonces el abrazo fue interminable.

Marta Tomenello

Ensenada

7.

El mejor jardín

Ese día cuando volvimos a vernos, él me envolvió en un abrazo tan tibio que pensé, ojala sea eterno.

Luego caminamos por el sendero lleno de vegetación en sus costados que nos llevó hasta la laguna, recordando las carreras que hacíamos cuando éramos niños antes de que comenzará a llover.

Recordamos en medio de risas cuando nos peleábamos para ver quién tenía el mejor jardín, ya que nuestro pasatiempo era plantar rosas y margaritas que luego cuidábamos y regábamos, cada uno tenía su espacio en ese camino. Era como el jardín de un palacio, lleno de diferentes flores que sus perfumes nos envolvían cada vez que pasábamos por allí. Era una competencia que siempre ganaba él, pues sus rosas eran las más hermosas del lugar.

La noche nos alcanzó en medio de la charla, entonces pregunté a mi hermano, ¿vos dormís acá?

Angela Echeverría

Laprida

8.

Hoy tenía que ser

Esa mañana de otoño trajo consigo la angustia de saber que hubo un tiempo que fue igual.

Caminó por el jardín, miró las hojas que pronto ya no volvería a ver y pensó si él estaría en la lista que el destino tenía redactada.

Suspiró, pensó y se relajó, la mañana transcurrió sin mayores sobresaltos, al regresar a su cuarto, a su lugar en el mundo, tomó una vieja libreta, la abrió, comenzó a hojearla...

Con la templanza que lo caracterizaba dijo: “hoy tenía que ser, vi mi nombre escrito”.

Isabel Margarita Yannuzzi

Laprida

9.

Dos extraños

Cuando volvimos a vernos parecíamos, ya ves, dos extraños. Ni temor, ni emoción, ni espasmos estomacales. Sólo el aire, levemente agitado por el cruce de los cuerpos, las miradas ni siquiera esquivas, insensibles. Algo dijiste, no recuerdo qué. La misma voz, el mismo gesto inimputable. Sonreí sin mostrar los dientes, con la complacencia experimentada de superar lo insuperable.

No se detuvo la escena, no perdió ritmo el entorno. La calle, como si nada siguió con sus cosas, indiferente al desencuentro de nuestros cuerpos envejecidos, repetidamente ajenos. Nada pasó, en esa fugacidad ridículamente sorprendida de ver al otro encanecido, coincidiendo de pronto en un punto azaroso del mapa urbano. Y sin embargo, aquel tango que dejamos inconcluso una noche de verano, huyendo en direcciones opuestas, lanzó la última nota, iluminó el camino que no transitamos juntos, bajó el telón, cerró el boliche.

Las cosas, súbitamente a veces caen en el pasado. No es con trabajo ni con rogativas. Es sólo el tiempo, sus propios planes secretos, sus emboscadas.

Silvina Iñiguez

Laprida

10.

Cajas

Mamá movía las cajas de un lado a otro con desesperación. La verdad no teníamos ganas de ayudarla, hubiéramos preferido irnos a tomar mate a la plaza y pasar el día de sol, pero su cara de enojo podría ser considerada una de las maravillas más horripilantes de la historia.

El polvillo volaba por los aires nublándonos la vista, las manos de mamá se movían tan rápido como los dedos de las señoras que van a misa cuando pasan las cuentitas después de cada padre nuestro.

El quilombo abundaba a tal punto que si nos movíamos dos centímetros las cartas y prendas se desparramaban por el piso.

—¿Qué es esto? —preguntó Lucía sosteniendo un papel entre sus manos.

—No sé —respondió mamá sin mirar.

—¿Con esto me puedo hacer la carta astral?—volvió a preguntar Lu, peinándose el flequillo para atrás dejando un manchón de tierra a su paso.

Mis manos ya temblaban de mover el peso de las cajas, mamá ni siquiera la miró. Resopló frustrada y siguió revisando más rápidamente cada una de las cajas. Sacaba fotos, cuadros, prendas y no fijaba la atención en nada en particular. Lo que esperábamos como un momento lleno de recuerdos y anécdotas se había convertido en un rally o dakar.

Miré mis uñas, la manicura de ayer ahora estaba llena de ayer.

—Es que vi mi nombre escrito —dijo Lu, como si tuviera que justificar su pregunta.

—Después nos fijamos, guardalo en tu cartera —dije tratando de evitar un sermón o algo parecido. Caí sentada sobre mis rodillas, mis manos temblaban, la cara de Lu enrojecida dejaba paso a las preguntas.

—Acá está —dijo mamá.

Camila Caporale

Laprida

11.

Las ratas y las botas

«El miedo seca la boca, moja las manos y mutila. El miedo de saber nos condena a la ignorancia; el miedo de hacer, nos reduce a la impotencia. La dictadura militar, miedo de escuchar, miedo de decir, nos convirtió en sordomudos. Ahora la democracia, que tiene miedo de recordar, nos enferma de amnesia: pero no se necesita ser Sigmund Freud para saber que no hay alfombra que no pueda ocultar la basura de la memoria».

Eduardo Galeano en «La desmemoria» en «El libro de los abrazos», 1989.

I

Nunca le pude formular ninguna pregunta. A veces ni siquiera lograba escuchar sus frases. Recuerdo solamente una que nunca dejaba de repetir: “Las ratas como vos y los tuyos tienen que desaparecer”.

Mi papá era un tipo complicado. Jamás intenté obtener de él algún gesto de amor ni de cercanía. Le tenía terror pero creo que no tanto como el que le tenía mi mamá. Ella le tenía miedo a sus golpes y yo a sus botas.

II

De esta casa enorme (porque podríamos vivir un montón y sólo somos tres) y gris (porque alguna vez capaz fue blanca) ninguna habitación llega a ser ni seca, ni tibia. Mi cuarto es el peor de todos porque el verdín de las esquinas y las paredes siempre mojadas por las gotas que bajan de las cañerías, nunca me deja dormir.

Ahí están sus gritos. Aquellos me enfrían la sangre. Para mi suerte encontré un refugio que tal vez me sirva para dormir a diario.

III

Las ratas del parque siempre aparecen muertas, no me desagradan pero me causan mucha lástima: ellas no me conocieron nunca y yo capaz nunca las conozca a ellas.

IV

—¿Vos dormís acá? —preguntó mi papá borracho y me sacó de los pelos de la bañera. Los maullidos de las ratas cuando mueren no se escuchaban allí adentro. Tampoco los gritos desesperados de mi madre.

V

“No me dan asco las ratas”, pensé y agarré la más deshecha. Entré a su despacho y se la tiré en su escritorio. Su mirada ya no me dolía y las palabras salieron por primera vez de mi boca: —¡No no n... no, no son ratas, son gatos y vos los matás!

Fátima Ivonne Cejas
Avellaneda

12.

La casa de los sentimientos

Encontré un folleto en la calle, me pareció extraño porque llevaba mi nombre junto con una dirección. “¿Qué es esto?”, pensé. Confundido, decidí ir a la dirección que indicaba el folleto. Llegué y me encontré con una casa abandonada, al principio me pareció algún tipo de broma, pero sería demasiada casualidad encontrarme justo el folleto en la calle.

—¿Cómo llegaste acá? ¿Quién te dijo sobre este lugar?

—Vi mi nombre escrito en este papel. ¿Me conoce? ¿Qué es este lugar?

Sonrió e hizo un gesto para que lo siguiera.

Atrás de esa casa abandonada me encontré con un espejo, pero no era cualquier espejo, era un espejo negro. No se podía ver nada dentro de él, hasta que pude distinguir cómo una persona se acercaba. Asustado retrocedí un poco, porque esa persona era yo. Pero no me veía como normalmente era, si no que este tenía los ojos negros.

—Veo que llegó la hora —dice mi otro yo—. No te pierdas en lo negro y seguí tus instintos, resistí.

No podía creerlo, salí corriendo de ahí hasta mi casa, ¿Qué es esto?

¿Por qué me está pasando esto? Me puse a llorar y sentí como la angustia que sentía se personificaba delante mío. Levanté la cabeza y dije:

—¿Vos dormís acá?

Agustina Victoria Leones

Avellaneda

13.

¿Vos dormís acá?

Camino por las vías del tren como indicó el informante. La vieja estación de Gerli. Es mi barrio, sin embargo, jamás noté que estaba abandonada. A los lejos, los ladridos de un perro interrumpen el acompasado latir en mi pecho. Será la falta de descanso. Freno la marcha y busco con la mirada. Nada. Es como un cuadro en decadencia o como si hubiesen puesto pausa a la escena. Pero el dato decía que era por acá. Veo pedazos de papeles desparrramados en lo que fuera una oficina. Restos de máquinas oxidadas. Creí ver un cráneo y algunos huesos debajo de las hojas de un diario. Me acerco, otra vez nada. Mi corazón late a mil. Descanso. Palabra extraña en mi sistema.

Sigo las pistas de ese nadie que me ofreció su ayuda. El procedimiento es sencillo. Se transfiere el dinero y te asignan las coordenadas. Quizá por la ansiedad de al fin lograrlo se me complica encontrar mi cubículo. Sin darme cuenta, perdido en ese vaivén de pensamientos, llego al límite de lo que es real. Siento caerme en un profundo agujero negro. Me concentro para no desmayarme.

¡Lo encuentro! Ahí están todos los cubículos de descanso temporal preparado. Eran cientos, tal vez por eso me equivoqué y entré al de otro usuario. Es un rostro conocido. Sorprendido y avergonzado, Be me pregunta: “¿vos dormís acá?”.

Cristian Martínez

Avellaneda

14.

LO OMINOSO

Voy subiendo las escaleras y no sé adónde voy, no sé qué hago acá, pero sigo subiendo, huelo a flores marchitas, por fin llego a un espacio; hay tanta gente, pero parece que ellos sí saben qué hacen ahí.

Observo todo, despliego la mirada, me siento desorientada hasta que vi mi nombre escrito en una enorme corona de flores, bajo la mirada y hay un ataúd, la gente empieza a acercarse y me dan el pésame y yo sigo sin comprender nada, apenas balbuceo un gracias.

Junto coraje y me acerco a esa caja tan temida de madera lustrosa, siento que me muevo en cámara lenta, tan despacio que por momentos dudo ¿realmente estoy moviéndome?

Llegué ¡Oh! La veo pálida, vieja, fea, y sólo puedo pensar: por fin te moriste ¡hoy el mundo es un poco mejor!

Llego a casa, no siento nada, bueno para ser un poco honesta en realidad siento alivio.

Suena el teléfono, atiendo, ella llora, la escucho, casi no puede hablar, la angustia y el dolor la dejan sin respiración y me dice: cuánto siento no

poder estar con vos, estar abrazándonos y llorarla, pero España queda tan lejos.

Contame, sigue diciendo: ¿cómo fue el velorio de mamá?.

Yo sigo sin comprender y le digo: pero ¡mamá se murió hace 7 años! ¡Yo recuerdo el día que la maté! Hermana, estás confundida, le aclaro; ella no murió hoy; hace mucho que yo la enterré.

Gloria Cardozo

Avellaneda

15.

Por fin pude cumplir mi sueño, hacer un safari por África.

No puedo contar el trabajo que me dio preparar todo, trámites, y el equipo completo.

Llegar hasta Tanzania, conseguir que los nativos no desconfiaran de mí.

Caminamos, cazamos pequeños animales, pero eso a mí no me conformaba.

Hasta que un día en la trampa encontramos una pantera. Los nativos se arrodillan y la miraban, muchos desaparecieron.

Pedían que la soltaran.

Ella me miraba con sus asombrosos ojos verdes, como sobrándome.

Por la noche cuando estaba tratando de dormir, escucho una voz extraña. ¿Vas a dormir acá?

Es lo único que recuerdo, lo demás fue una locura de pasión, su cuerpo parecía multiplicarse, sus ojos verdes me dominaban.

Jamás viví algo igual.

Agotado me quedé dormido.

Al despertar el silencio me sorprendió. No quedaba nadie, fui a la jaula y estaba vacía, solo la cadena con la medalla que me regaló mi madre quedaba en ella.

Mabel Moreno
Avellaneda

16.

Las sombras jugaban a las escondidas con las plantas del jardín. Por el susurro de las hojas que llegaba hasta mi ventana, pude adivinar que una brisa suave se asociaba al paisaje.

La casa estaba en penumbras y vacía de palabras y ruidos. Sólo mis pensamientos vagaban por todos lados rozando las paredes y los muebles.

En un momento dado, me pareció escuchar los nudillos de unos dedos, o algo así, haciendo sonar la puerta de entrada, pero luego siguió un largo silencio. El perro que jugueteaba con una pelota, andaba por el porch haciendo bochinche y pensé que había sido él quien había golpeado.

Un momento más tarde, escuché una voz que me llamaba desde la vereda; no la pude reconocer pero aún así, abrí la puerta para recibir a quien fuera. ¡Me quedé petrificada!

—¿Sos vos? —dije bajito, al cabo de unos segundos.

—¡Sí, soy yo! Me contestó.

Un hombre canoso, con varios surcos en su rostro me sonreía como un niño que ha encontrado a alguien muy querido.

Yo no lo esperaba, pero cuando volvimos a mirarnos, estuve segura que mi corazón lo había estado esperando.

Estela Mabel Acosta

Tres Lomas

17.

Quién sabe ¿no? O mejor dicho, qué sabe uno de todo lo que debería saber y no sabe

A veces me dan ganas de llorar. Llorar tanto como si mis lágrimas tuvieran el poder de borrarlo todo. De desaparecerlo.

Pero no. No tienen tanto poder. O al menos no por ahora.

Ese día llegué al Jardín como cualquier otro. El sol brillaba pero no tanto. Había nubes pero no muchas. Y hacía frío pero sin guantes andábamos.

Yo venía de mi casa. Ahí no es igual que en el Jardín. Mi papá, no sé dónde está.

Mis hermanos tampoco saben. Y mi mamá que como tengo cinco me dice “dale Toto que llegás tarde”.

Y es que son tantas cosas las que no sé. No sé dónde está mi papá. Tampoco mis hermanos y no sé siquiera llegar temprano al Jardín. “¡Es que ya no sé qué hacer con este pibe!”, le dice mi mamá a la señorita cuando llegamos tarde.

“Pasá, Toto”, me dice la seño. Y yo paso. Pasó como pasan todos. Mientras ellas se quedan hablando sobre “nosequé”.

Pasé. La Seño llegó y dijo: “¿saben qué dice acá?”.

No, no sé.

Parece que no sé muchas cosas. Ni eso sé.

Dice “¡Feliz cumple, Tomás! Hoy es el cumpleaños de Tomás”. Y coreamos el feliz cumpleaños todos juntos. “¡Vení, Toto! Vení que es tu cumple”, dijo la Señó. ¿Ves lo que te digo? Tampoco sabía que me llamaba Toto Tomás. Pero ahora ya lo sé. Porque vi mi nombre escrito en el cartel. Hasta tiene una rayita

Y sí. Tuve ganas de llorar. Pero todavía no sé el por qué.

Quién sabe ¿no? O mejor dicho. Qué sabe uno de todo lo que debería saber y no sabe.

Franco Pérez

Tres Lomas

18.

Cuando volvimos a vernos...

Cuando volvimos a vernos la descubrí pálida y delgada, con los ojos saltones hundidos en los dos pozos oscuros que formaban sus ojeras. Un dejo de tristeza sonaba en su voz, ahora débil.

Al verla caminando hacia mí con los brazos extendidos para abrazarme, viajé en su mirada a mi infancia, cuando la conocí. Había llegado a la primera clase con las vergüenzas y miedos propios de una niña de seis años que iba a aprender a bailar a un lugar desconocido, con gente desconocida. Ella me recibió con su sonrisa blanca y, mientras de fondo sonaba una chacarera, me quedé mirando su largo y oscuro pelo.

Con el tiempo, tanto la danza como ella se fueron convirtiendo en parte de mí, transformándome.

Ahora la encuentro, veinticinco años después, y en su mirada veo los mejores recuerdos de mi infancia que se esfuman, junto con su vida.

Melina Pérez

Tres Lomas

19.

El barrio

Hacía rato que ya no le daba asco nada. Atar cordones embarrados, limpiar mocos verdes o sacar algún que otro piojo era algo de todos los días. Ese pensamiento ensimismaba a Malena que miraba por la ventana cómo los chicos jugaban a la pelota mientras enjuagaba las tazas de plástico.

Norma rompió el encanto cuando trajo las computeras con restos de dulce de leche rasqueteados por la cuchara. ¿todo bien, negrita? Estás callada hoy. Sí Normita, un poco cansada nada más, estuvo brava la guardia anoche. Ya va a venir algo mejor negrita, yo sé lo que te digo, ahora me voy a terminar el pedido a ver si los del municipio se ponen las pilas esta vez ¿dos cajas de masitas para casi 80 que ya son? Es una tomada de pelo.

El último comentario le recordó a Malena una vez más por qué seguía despierta hace veinticuatro horas. Lo de las guardias no era un capricho. Desde que había empezado a trabajar en la salita del barrio su mamá le había cortado toda ayuda económica y desde que se había sumado como voluntaria en el merendero ya no le respondía ni el teléfono.

Pero ella no iba a desistir. El barrio quedaba muy lejos del departamento céntrico de su madre, pero estaba segura de que allí la necesitaban más. Ya no lloraba cuando recordaba una de sus últimas conversaciones ¿vos dormís acá?, le había dicho despectivamente al ver la sala médica donde

ella pasaba un par de días a la semana. Le había llevado tiempo sanar esa herida, pero había comprendido, por fin, su verdadero destino.

Nuria Toscano

Tres Lomas

20.

El poncho huyó ante el filo azul del cuchillo de Justiniano. Fue esa noche, la última.

Los hombres vivían separados solo por la calle polvorienta del pequeño pueblo. Esas calles largas, que eran las entradas y salidas de los viajeros.

Amigos y arrieros la vida los había incluido, vaya a saber por qué o para qué, en un almanaque. No se sabe cómo o quién supo primero esta extraña coincidencia, o tal vez la descubrieron ambos ese día anterior. El calendario había señalado (¿cómo destino?) 5 de septiembre, y en la parte de abajo el santo correspondiente con los nombres, Justiniano Lorenzo.

—Vi mi nombre escrito —fue la conversación breve de ese día.

—Justiniano —dijo uno.

—Yo le sigo —argumentó el otro —Lorenzo.

La noche del 5 de septiembre acordaron que lo celebrarían con un asado.

Fue Justiniano el que llegó hasta la casa de su compañero de calendario y vecino.

La noche, de nubes oscuras y viajeras, permitía de vez en cuando que la luna dejara algún retazo de luz sobre el caserío.

No se sabe cómo fue la conversación de los dos hombres. Nada.

Sí se supo que Justiniano cruzó de nuevo la calle hacia su casa muy cerca de la medianoche. Ya en mitad de ella el aullido de los perros taladró sus oídos y fue ahí cuando la luna iluminó un poncho allí tirado.

El poncho huyó ante el filo azul, como una serpiente reptando y se hizo un profundo silencio.

Desde entonces sí se sabe que nunca más Justiniano y Lorenzo se volvieron a ver.

Amalia Isabel Daibes

Pehuajó

21.

De repente y por un instante, entré en pánico. Lo único que quería era ayudar a unas personas que no conozco a resolver una situación que creí trabada.

Un día como cualquier otro, haciendo una fila para una compra, escucho a la empleada de la farmacia decirle a la clienta china que debía volver otro día para retirar la medicación, que habían pedido al laboratorio pero que no tenían en existencia, charla normal en cualquier farmacia, pero el asunto era que la clienta china no comprendía el idioma o el mensaje, entonces se quedó pidiendo su medicina.

Cuando la empleada llama al siguiente me toca a mí, paso, me acerco y la empleada me pregunta por mi pedido. Viendo que la señora no se iba, le digo:

—No hay problema, terminá con ella primero.

La empleada repite a la china, que debe volver tres días después. La china sigue sin comprender...

En ese momento, me acerco y le hablé a la china, y le explico una vez más y con más paciencia:

—La farmacia no tiene su remedio, llega el martes, vuelva el martes y lo compra.

La farmacéutica, que a todo esto atendía a otro cliente, cruza enfurecida el local y se pone al lado de su empleada gritando:

—¿Cómo te metés?, ¿con qué autoridad le vas a hablar a otro cliente?, ¡ya llamé a la policía para que los vengan a buscar a los dos!

A mí, me lo decía a mí. Contesté fuerte:

—¡Perdón, lo único que intento es que la clienta comprenda el mensaje y no se vaya sin saber si la atendieron o no!

Retruca:

—¡Yo soy la farmacéutica de este pueblo y si viene a comprar y a vivir a este país, se tiene que adecuar a mi forma de hablar! ¡Y desde ya, que a vos no te vendo nada!

El aire se cortaba con cuchillo, la empleada muda y la tensión del ambiente que no aflojaba a pesar de la llegada del patrullero. Uno de los policías interrogó a la farmacéutica, a la empleada y a un par de clientes, mientras el otro se quedaba con la china, otro par de clientes y conmigo. El primer policía se llevó a la farmacéutica a la calle por un par de minutos más y al parecer la convenció de revisar su actitud y atendernos como corresponde.

Cuando volvimos a vernos, me pidió disculpas. Yo ya la había perdonado.

Gustavo Ferrer

Pehuajó

Aunque no volvimos a vernos

Salgo de la estación, son ocho cuabras por diagonal 80. Intento como siempre no pisar las líneas entre las baldosas: todo es tres. Sí es dos, me van a desaprobar porque el tres está más cerca del cuatro, el glorioso cuatro. Me siento. Tengo que elegir: letras, economía, psicología. En la UNLP no dan teatro. Voy por la opción que me saque del dolor de la dependencia adolescente. Me voy a morir de hambre dando clases o esperando en divanes. Voy por la segura, la cómoda. Cumpló el mandato de mamá: no permitas que ningún tipo te mantenga. Ok.

Me anoté en Administración pero hoy es sábado. Camino 45 cuabras desde Quilmes centro a la Biblioteca Mariano Moreno. Es taller de teatro con Carlitos Branco. La gente dice: "Tenés pasta para esto". Escribo, escribo, actúo. ¿Cómo hace este tipo para vivir de esto? Nos dice que proyectemos la voz y a mí se me ocurre traer a un noviecito al taller de teatro. Es Mauricio, el chico acomplejado y lindo, que se animó a hablar conmigo.

Entonces, como en un círculo que marca los pasos pero sin pisar las líneas de la vereda, empiezo terapia. Se llama Margarita. Es clásica, distante, perfecta. Dice que cuando cuento, pareciera que contara un cuento inglés. Me convence y me convenzo. Esta mierda de la literatura y del teatro es catársis barata, berreta. Zapatos de goma y filosofía de barrio. No necesito hacer mimo ni escribir cartas de amor para Vanesa. Me falta Freud. Me falta guita para irme a la mierda de mi casa. Está

todo clarísimo como en una planilla contable.

Pasan las veredas, las hojas, las ciudades. Me recibo. Dejó de anotar ideas. Me vuelvo exitosa.

Ahora camino por las calles de CABA con un maletín marrón de cuero, tengo tickets restaurante y me dan fotocopias para hacer cerquita del Café Tortoni. Ya no me fijo dónde y cómo piso. Margarita me dijo que tenía rasgos obsesivos pero le gané la partida (eso creo).

Y sigo en escalada de acomodar polleras, trajecitos y apoyadas en el tren. Me caso. La rebeldía mayor consiste en conseguir una estructura. Sumas y restas.

No volví a ver a Carlitos Branco, el del taller de adolescentes. Nunca más. No está en redes sociales, no volví a pensar en él. El tipo que hizo lo que quería, el que nos llevó a la feria del libro a presentar nuestra obra de creación colectiva. El loco que me obligó a invitar al mismísimo Félix Luna para que viniera a vernos: “No tengo tiempo, querida” —me dijo Félix. “Tengo que firmar libros. Si termino temprano, voy”.

Me volví un ama de casa del conurbano bonaerense salvaje con dos nenas pequeñas. No pensé en Carlitos cuando me afanaron en la calle pero salí a buscar a los chorros como loca, sin pensar. Así, por impulso, como cuando Carlitos nos decía que construyéramos desde el cuerpo. Ese día, mientras mi marido trabajaba y las nenas estaban en el jardín, fui un cuerpo que corría detrás de ladrones.

Nos fuimos a un pueblo rural. Me convertí en la mamá de una adolescente que empezó un taller de teatro. Ahora soy la mamá de Ana y empecé a escribir.

Mi mamá vino a visitarme este fin de semana. Es la jubilada cool que

hace “cosas”. No es la que te trae la torta de manzanas quemadas al rum. No. Es otra. Viaja a Sudáfrica y siempre se olvida de traer en la valija algún padraastro millonario. No. Ella es libre y ahora no quiere que le rompan las p. No. Perdón. Quise decir los ovarios (menopáusicos). Hace un taller de historia del arte con un tal Julián Branco. Me lo dijo mil veces pero hoy le pregunté si tenía un hermano que se llamaba Carlitos Branco. Se le nubló la vista. “Julián siempre habla de su hermano”, me dijo. Hace décadas que dejó de brillar pero él lo mantiene vivo.

Le dejo un audio a Julián: “Tu hermano me salvó la vida. Por favor, decile que muchas gracias”.

Karina Paola Belletti

Pehuajó

23.

Aquella tarde de verano se hacía cada vez más difícil de soportar con el transcurso de las horas; voces, abrazos, llanto, comentarios inadecuados, otros acertados, aunque yo no oía nada, sólo pensaba en vos, qué injusto todo, qué agonía pensar que partiste para no volver.

Qué hay después del hoy, de estas horas de dolor, del tiempo detenido en instantes que efímeros desaparecerán, como cada uno de aquellos que compartimos. Partiste esa mañana como tantas otras, pero ya no volviste.

Allí me quedé, entre voces y silencios, ante un devenir desconocido, con un dolor que de tan profundo ya no duele.

El calor se torna insoportable, un hedor se cuela en el ambiente, indefinido, huele a angustia, a fuego interno que se filtra por los poros de quienes estamos aquí despidiéndote.

El tiempo parece haberse detenido, todo fluye dicen por ahí, pero yo sigo en la nebulosa, ayer te despedimos finalmente y para siempre, aunque aún no lo entiendo, aun no lo creo. Me detengo un instante y observo nuevamente tu mirada, el azul de tus ojos semejan un mar bravío cuando encuentran la calma, agudizo la vista y sobre la lápida tapada por las hojas que la tormenta veraniega arrancó de los árboles: “vi mi nombre escrito”.

María Andrea García

Pehuajó

¿Vos dormís acá?

María salió de su casa como todas las tardes a pasear a Kuqui. Iba lentamente acompañando al cachorro en todas sus paradas, a veces para olisquear, otras para hacer sus necesidades o simplemente para observar alguna hoja que la brisa fría movía.

El recorrido era de una o dos manzanas según fuera el clima.

Pasaron por lo de su amiga Inés y a pesar de tener ganas de charlar, siguió de largo porque hacía frío.

El paseo continuaba normal hasta que Kuqui se detuvo en un zaguán por el que siempre pasaba sin darle importancia. A pesar de tirar de la correa, no quería seguir. A María no le gustaba nada que se detuviera porque estaba oscureciendo y el lugar era sombrío y amenazador. Kuqui no se movía, estaba alerta y atento, con sus orejitas paradas y la cola en continuo movimiento, mirando fijamente hacia el oscuro lugar.

María sintió temor, pero haciendo gala de un valor que no tenía, sacó su celular, encendió la linterna y alumbró el rincón más tenebroso, y entonces vio lo que al perro le había llamado la atención: una hermosa gata negra que a veces se paseaba por su patio. Estaba echada en la profundidad del hueco. El asombro se pintó en su rostro al ver que era “esa” gata que cubría con celo a sus crías.

—¿Vos vivís acá? —brotó de su garganta al verla como protegía a sus gatitos.

Kuqui estaba siempre alerta, pero no se movía, le alegraba ver a su habitual compañera de juegos pero su instinto le decía que ese momento era muy especial.

Casi a la rastra tuvo que llevarlos María hasta su casa. Allí tomó unos diarios viejos, sacó de la heladera unos trozos de carne, leche, pan y buscó algunos envases descartables. Dejando a Kuqui encerrado, los llevó al zaguán, acomodó al animal y su cría como pudo, y se prometió regresar al día siguiente para tratar de hacer algo para ubicar a la familia gatuna.

“¡¡¡Hoy hice algo por el planeta!!!”, cavilaba sintiéndose como si hubiera salvado una ballena.

“Tal vez me quede con algún gatito”, pensó al entrar en su casa y cerrar con llave la puerta.

Dolores María Balbi

Pehuajó

25.

¿Vos dormís acá?

Había mucha niebla aquella mañana de abril. Los árboles y sus ramas habían desaparecido de mi vista. Me subí al coche y vi mi nombre escrito en el vidrio delantero. Un espasmo de nerviosismo, zozobra y ansiedad paralizaron mis manos, mis dedos, y mis piernas. Respire profundo. ¿quién habría sido? ¿podría yo descifrarlo con una pregunta a mi vecino? Por la hora que era, yo debía ir al trabajo. Me despedí de Clara, mi esposa, quien también había visto el vidrio escrito. Maneje cauteloso, el denso aire y húmedo no impidió que la escritura desaparezca del vidrio con el andar.

Fue muy raro. Mi preocupación y la de Clara era ¿qué mensaje oculto habían querido decirme? ...

Llegué a la oficina, saludé a todos y leí el diario del día. Encontré en los clasificados, un detective, que ofrecía sus servicios. Llame al número indicado y una voz ronca y grave me atendió. Le conté lo que había ocurrido y me hizo algunas preguntas personales.

Cuando volvimos a vernos Clara me comentó que alguien había llamado y cortado el teléfono. Estábamos preocupados pero seguros de que el detective nos ayudaría.

Al rato suena el teléfono, era el detective, parecía ansioso, y me siguió preguntando por más detalles, quería saber cuál era el indicio que lo llevaría a descubrir la verdad.

Colgué la llamada más tranquila. Clara y yo teníamos en quien confiar.

Pasaron los días y la inquietud no había cesado. Solo cuando dormía, podía olvidar lo sucedido, más aún cuando llamadas misteriosas seguían molestándonos.

Pasados quince días recibí la segunda llamada del detective. Había descifrado algo y me lo debía decir personalmente. Lo cité a mi casa un viernes a las diecisiete horas. Llego en su coche negro último modelo. Estaciono en el garaje de mi casa. Atendí y nos dimos la mano. Se sentó en el sillón grande y comenzó a hablar del clima, de las noticias y demás banalidades, hasta que de pronto me preguntó ¿vos dormís acá? Me incomodó el tono irrespetuoso. Le pedí que reiterara la pregunta, y dijo: ¿usted duerme acá? Clara sorprendida abrió los ojos y me miró fijo. ¡Claro! Le respondí. Insistió: ¿todas las noches?, evadí la respuesta. Tomé las preguntas como un acto de insinuación y desconfianza en mi persona. No hubo manera. Él dudaba de mí.

Regresé al living y Clara llorando me pedía que le dijera si yo tenía una amante. Lo negué. Sin embargo, era yo quien debía irme a dormir a otro lado.

¿Dormiría en lo de Silvia?

¿Había sido ella?

Lo extraño es que hacía ya dos años que habíamos terminado.

Solo me quedaba olvidar y lograr el perdón de Clara que era quien yo realmente amaba.

Florencia Forchetti

Villa Elisa

26.

Libre vida

Estoy sentado en uno de los bancos de la terminal de ómnibus. Aún no es la hora de salida del micro que me lleva a la Capital por mi trabajo.

Al rato se sienta junto a mí Alicia. Lo supe porque apenas llegó me dijo su nombre. Yo no alcancé a decirle el mío. Imaginé que su edad era muy próxima a la mía, pero por respeto no se lo pregunté. Casi de inmediato comenzó a contarme cosas de su vida, sin que yo le preguntara. Yo apenas podía emitir palabra. Me contó que tenía dos hijos, pero que hacía tiempo no los veía. Que le gustaba mucho recorrer galerías de arte y que no se perdía ninguna inauguración. También acudía a distintos salones cuando se realizaba alguna presentación de libros, si es que le interesaba el tema. Siguió diciendo que había viajado por casi todo el mundo, que conocía las capitales más importantes y que por eso ya no lo hacía. Alcancé a escucharle que no trabajaba -fue profesora de literatura, me comentó-, porque le gustaba disfrutar de otra manera la vida, en lo que creía eran sus últimos años. Que no le gustaba cocinar y que siempre comía afuera. La felicidad se le notaba en el brillo de sus ojos verdes y era hasta contagiosa. Por sus relatos noté que no le importaba lo material, todo parecía armonía en su vida. Me gustó todo de ella.

A los quince minutos llegó el ómnibus que debía tomar para ir a mi trabajo. Me despedí de ella apretándole la mano. En lo que faltó de mi día y también esa noche, no pude dejar de pensar en Alicia.

A la mañana siguiente y a la misma hora me senté en el banco que había ocupado el día anterior, cómo esperando que llegara. Y ahí estaba Alicia, salía del baño de la terminal, peinándose y con una pequeña toalla en su mano. También tenía un bolso de un tamaño considerable, algo que el día anterior no lo había notado. Me extrañó un poco su actitud y me pareció algo raro ese cuadro que veía.

Se sentó a mi lado, reconociéndome. Me dijo: hoy no pude casi dormir, no siempre consigo un buen lugar en esta terminal. ¿Vos dormís acá? Le pregunté extrañado. Y enseguida me respondió: Sí, este es mi lugar en los últimos años y no lo cambio por nada.

Eduardo Sosa

Villa Elisa

27.

¿VOS DORMÍS ACÁ?

Sabía que era probable, que las pruebas la condenaban, que no pudo explicar el descontrol y desenlace, pero a pesar de todo no había perdido la esperanza.

Mantuvo la calma sólo en apariencia. El pulso se aceleró, sudaba, cerró los ojos y el veredicto y sentencia de cumplimiento inmediato fue un hachazo sobre su cabeza.

Como si hubiera estado inconsciente sólo tuvo noción de la nueva realidad cuando sintió el tintineo de las llaves, el deslizamiento de las rejas al abrirse y el golpe seco del cierre detrás suyo.

Hubo de recorrer varios pasillos, a esa hora con las celdas abiertas, para llegar a la asignada. Ya estaba ocupada, vio a su compañera desde ese día en más por los próximos cinco años.

Señalando la cama más deshecha preguntó:

—¿Vos dormís acá?

—¡VOS, dormís acá! —le respondió apuntándole con un dedo.

Involuntariamente tensó la columna, achinó los ojos, las uñas se enterraron en las palmas de la mano, los dedos de los pies se frunció como garras en las zapatillas.

Entendió en un segundo que debía volver a disputar el dominio sobre su cuerpo y su voluntad, sobre los restos escasos de vida que le pertenecían, pero esta vez no iba a perder la batalla, y mucho menos la guerra.

Miriam Woites

Villa Elisa

28.

Papel escrito

Afuera llueve. Llueve con rabia. Llueve con furia. Y ella llegó empapada del trabajo.

—¿Vos dormís acá?— escribió en un papel.

Hace tiempo que Luisinano habla. Aún resuena en mi cabeza su voz de pito. Sin embargo, en esos silencios largos que llegaron después, la encontré más atractiva. Podía escuchar el chasquido de sus dedos acompañando la música que disfrutaba. Podía contar sus pasos cuando llegaba del trabajo a casa. Y entonces entendí que ahora estaba enamorado, locamente enamorado. No enamorado de esos pechos que me habían excitado por primera vez cuando después de mucho insistir logré quitarle su corpiño. Ni tampoco enamorado de sus besos que mordían partes de mi cuerpo como una pequeña lagartija hambrienta. Su silencio me enamoró, me excitó.

Tiré el papel escrito. Después de mucho tiempo, me quedé por primera vez en su cama, en su vientre, en su pubis.

José María Larussi

Benito Juárez

29.

Conferencia

Miró otra vez la hora, gesto repetitivo, desde hace un rato.

A través de la ventana, caía una fina y persistente llovizna, propia de la estación.

Buscó en sus bolsillos, tintineantes, las llaves... y de paso saco la basura, se dijo. Cerró.

La bolsa transparente, mostraba, trozos de papas, restos de la pizza de anoche, marquillas de cigarrillos, pelusas, cáscaras de nueces..todo mezclado como la sociedad, pensó, sólo que algo le llamó la atención.. ¿Cuándo tiró aquel papel con su nombre?

Pregunta que se hizo por unos momentos más, mientras apuraba el paso, sobre las hojas que cada día crujían, como un canto, en color otoño.

El paraguas apuntaba al sur este, desde donde venía la lluvia, ahora insistente, lo que hacía que sólo viera sus zapatos que marcaban un ritmo acelerado.

Las patinosas lajas fundacionales y la escasa visión provocó la caída.

Patinada diría, cuándo se presentó en la reunión; mientras observó de reojo el barro que cubría su calzado.

Afuera tembló un rayo, la luz se cortó y el proyector que mostraba unos tiks, apagó.

Adiós conferencia...

La lluvia seguía cayendo.

Mientras tomaban café.

Ricardo Argüelles

Benito Juárez

LA LLUVIA YA NO SUENA IGUAL

Sus dedos se anudaban entre sí con cada pensamiento desafortunado. Frotaba los pies tibios entre las sábanas pesadas por el acolchado de lana que heredó de su abuela, quién le había otorgado la habilidad de sonreír aunque al desmoldar, la torta se rompiera.

El día lluvioso no le permitía diferenciar cuantas horas habían pasado. Y cuando llegó a la conclusión de que su fortaleza era justamente ablandarse ante la vulnerabilidad de no saber, empezó a resonar al ritmo de un tempo disonante. La lluvia ya no sonaba igual. Y un golpe a destiempo le abría la intriga y le devoraba la paciencia.

Salió del nido de abuela.

Al llegar al comedor visualizó una gotera del tamaño de sus ojos.

—Pucha —mencionó entre dientes.

Inhaló fuerte levantando los hombros hasta sus orejas, y desde esa altura soltó un suspiro refunfuñador.

Mientras volvía hacia el crimen de lluvia con los elementos necesarios, la torpeza de la pereza melancólica le jugó una mala pasada, rosar con su espalda la heladera y llevarse con ella un duende imán de porcelana fría Recuerdo de San Martín de los Andes provocando que éste cayera al piso.

Entre el ruido disonante a gotera que no cesaba y el souvenir destrozado, nació el llanto de un corazón que ya no se reconocía ni en el acto de sonreír aunque al desmoldar, la torta se rompiera.

Inhaló y exhaló una vez más bien fuerte. Organizó sus ideas y sus emociones como pudo. Primero lo primero, se dijo. Y salió hacia la gotera a hacer lo suyo. Poner balde, limpiar piso.

Volvió hacia la heladera a juntar los pedazos de porcelana fría. Recolectando pedazo por pedazo se topó con un papel, inmediatamente lo dio vuelta. Tenía un escrito:

Cuando volvimos a vernos el cielo estaba rosa

Tu mirada naranja

Y comprendí que los atardeceres se esconden entre vos y el cielo.

Ojalá nos veamos pronto.

Te quiero con todo mi corazón.

Carla.

Llevó hacia su pecho el escrito y pudo sentir, entre la sorpresa de la nota, cómo el sol se asomaba de nuevo en lo más profundo de su pecho.

María Elena Vanotti

Benito Juárez

31.

Era una mañana luminosa, el sol asomaba por las rendijas de la casucha de madera que se encontraba cerca en la estación, un tren hacía su paso con el golpeteo en las vías. Se confundían con los ladridos insistentes de los ocho perros que “rasgaban” con sus patas la casilla que anunciaban el amanecer a su dueño. “Cachito”, el vagabundo de La Tablada, como le decían los vecinos, quienes generosamente donaron esa “minicasilla”, abría sus párpados pesados a un nuevo día.

Abre la desvencijada puerta, lo reciben sus perros con más ladridos intensos y “lengüetazos” por todo su rostro, él les agradece con sonrisas y caricias, sentado en el suelo y tratando de calzarse sus destruidos “zapatonos”. Los padres pasan cerca tratando de esquivarlo con sus hijos de la mano hacia la escuela cercana. En ese instante se acerca una niña, con dos “colitas” en sus cabellos, con guardapolvo de jardín de infantes de color azul y blanco, y le pregunta: “¿Vos dormís acá?”, indicando con sus dedos delgados “la casita”. Él le sonríe, Cachito siempre sonríe, ella le devuelve la sonrisa; de un tirón de brazos la madre de la niña la atrae hacia ella, se tapa su nariz con su mano en señal de estar molesta por el olor que despide él. Cachito, sólo sonríe, con su metro cuarenta de estatura, con su cabeza grande, con su cabello largo despeinado y grasoso, su larga barba “enrulada”, sus ojos “saltones”, su fresca sonrisa, con destruidas ropas. Él espera como todos los días que sean las cinco de la tarde para ir hasta la terminal de micros, para ver a esa persona que espera el colectivo, desde lejos. Cuando aparece él no dice nada, solo se toma el corazón con las manos, siente el latido presuroso que llega hasta

su garganta, él siente alegría, él se sonríe, se sonríe, sus ojos se humedecen, él “zapatea”, las sonrisas se convierten en risas de felicidad, a su alrededor sus perros aúllan.

Celso Raúl Serrano

Rafael Castillo

32.

Esa tardecita bajé resuelto del colectivo. Era un clima tan enrarecido, una mezcla de humedad con un invierno que no iba a venir quizás. Era imposible transitar por sus calles, no había forma de llegar a tiempo a ningún lado. Tantos autos que surcaban, tantos colectivos repletos de gente y todo parecía tan normal. Había dormido una siesta antes y esa somnolencia me hacía sentir que volaba en mi conciencia. Un sinnúmero de imaginaciones me atravesaban al cruzar esas pegadas a la estación. También gente que esperaba nos sé qué, y para no sé cuándo. Porque encima de todo, estos no avisan, no informan, uno no puede decidir su propio tiempo.

Entonces allí lo vi, estaba donde siempre lo había visto hacía poco tiempo. Cuando volvimos a vernos quizás fue casi instintivo. Aquel vendedor de libros usados me conocía y yo lo conocía. Tantas veces le revisé esos libros usados y sucios preguntándole un precio, y él tan correcto al querer sentirse un literato de nivel me conducía a saber ese precio que no estaba ni regido por la inflación ni por los formadores de precios. Volver a vernos no fue una casualidad, fue una inspiración infinita, un sarcófago con tesoros guardados que era y fueron parte siempre de mi imaginación.

Santiago José Suarez

Rafael Castillo

33.

Mónica

Todo el ambiente es de lo normal
como siempre a la aproximación de la estación Pasco
se siente esa euforia y alegría festiva
del reencuentro de compañeros y conocidos sin conocer
en las marchas del 24 de marzo.

Yo busco su cara en el vagón del subte
y en los andenes pero no aparece
subir las escaleras entre toda esa gente
llegar a la plaza
va ser más difícil encontrarla.

La jornada llegó a su fin
como siempre conmovedora y fortalecedora
ingresando al subte después de una larga caminata
con una cierta decepción de no poder encontrarla
tantas horas de marcha

mucha gente durante todo el recorrido
de regreso dentro del vagón
ya con el cansancio muy presente para todos
sin cánticos, gritos todo más calmo,
con la cabeza gacha mirando el suelo
escuchando murmullos, voces y risas.
Hay una carcajada me resulta conocida
levanto la mirada empiezo a buscar su cara
busco, busco. Casi en medio del vagón
llego a ver una mujer con su contextura física muy parecida
con una remera roja pintada a mano con letras enormes.
Le grito “Mónica, Mónica”
entre tanta gente no me escucha
vuelvo a gritar su nombre con más fuerza
ella gira su cabeza no logro verla por gente saliendo del vagón
cuando volvimos a vernos su cara es de alegría
empezamos a caminar para abrazarnos y festejar del encuentro fraternal.

Eduardo Farías

Rafael Castillo

34.

Gotas

Cuando llegó el viento sentí que no iba a ser una de esas tormentas a las que nos estábamos acostumbrando por el cambio climático. Las hormigas que corrían cargando hojitas y palitos del triple de su tamaño me lo confirmaron.

No sé cuánto pasó hasta que los refucilos a la distancia se transformaron en flashes que cortaban lo cerrado del cielo.

Las hormigas... ya no estaban. El viento...sí. A los viboreantes relámpagos entre las nubes le siguieron los rayos. ¿Agua?, ni una sola gota. Para ser de esas tormentas que estaban haciéndose costumbre tendría que haberse empapado el suelo minutos después de llegado el viento, pero no.

Sólo recuerdo cómo me sentí cuando empezó el viento y vi correr a las hormigas...y cuando vi mi nombre escrito en esa cruz.

Mauricio Gastón Minuet

Rafael Castillo

35.

La vida pasa. Una cosa tras otra. Hay trabajo, reuniones, compras, trabajo de vuelta. Va y va y nunca se detiene. Pero tampoco se vive. Sólo transcurre.

Un día y son dos y es un año y son diez. Y la vida pasa, pero no se vive. Hay sólo gris. No hay nada más. No hay emociones ni distracciones. No hay luz ni oscuridad. Hay gris.

A veces hay personas que viven y se ven de colores a lo lejos. Aquí, sólo hay gris.

Pero un día, hay marrón. Dos ojos color marrón. Unos rulos color marrón. Una sensación diferente. Y se va. Pero ese día, la vida se vive un ratito. Y después siguió. Ya no es sólo gris. Ahora hay ojos y rulos marrones.

De a poco, ese marrón ya no alcanza y aparecen más colores. Y más formas. Aparece un rostro, un cuerpo, una persona y una vida. Mil colores y formas, historias y recuerdos, sueños y deseos, llanto, risas y ese espejo... donde veo mi yo reflejado por primera vez, o por milésima vez, o por última vez, ya no recuerdo. Y la vida ya no pasa, se vive. Al menos de a ratos. Y si empieza a pasar vuelvo al espejo. Y vuelvo a empezar.

Jésica Ferrari

Luján

36.

“Mi vida en Cararsa ya está seca; me parece estar cerca en todo momento de la hora de la partida y no poder nada de lo que comienzo. Es muy triste irse de aquí”

Pasolini (Pasiones Heréticas)

Estación vieja, así llamaba el lugar donde había vivido mi madre hasta sus 17 años. Siempre me llamó la atención cómo era el vínculo con su lugar, donde su hogar, era un mundo nuevo.

¿Era él? La ventana que se abría hacia una ciudad que prometía bienestar... ¿futuro?

La estructura estaba arrumbada, caída, solo se veía en mejor estado, una ventana pintada con diferentes colores. Donde ella cada vez que me la mostraba me decía: esa ventana daba al cuarto donde vivíamos.

Papá siempre cruzaba rápido los andenes, para llegar al otro lado donde comenzaba su rutina diaria, inspeccionar vías, demarcar lugares para posibles entrecruzamientos.

Así lo llamaba ella “entrecruzamientos”, donde en realidad había cambios de vía, de aquella historia que me contó, pasaron 20 años mi abuelo ya había muerto, su vida fue fugaz, rápida llena de sombras, venirse de Italia con pocos años y una guerra que lo separó definitivamente de su familia, de su Oviglio amado, lo había convertido, quizás, en esa figura que cruzaba apresuradamente los andenes.

Fue así como vio mi madre, el cuadro que pinté con pocos trazos a un hombre cruzando rápido, ¿para llegar a dónde?

El bienestar solo fue promesa, el futuro una pregunta sin resolver. Cuando busqué aquel cuadro ya no estaba, entonces solo recordé, los oscuros trazos pintados ... y mi nombre escrito en un rincón donde la mirada no llegaba.

Gabriel Eduardo Pitrau

Luján

37.

Noche de bodas

De pronto tropecé con ese extraño bulto en la vereda.

Yo volvía de aquella fiesta donde vi mi nombre escrito en la pizarra de los que contraerían matrimonio.

¿Se puede decir que no a último momento?

Sí, se puede.

De hecho yo lo había hecho cuando me preguntaron: “¿acepta?”

Dije NO...

¡Instante sublime!

Y corrí, corrí, corrí...El vestido de gala se me enredaba en los zapatos plateados. Pero seguí corriendo. Hasta tropezar, claro...tropezar con ese bulto que me inundó de palabrotas y de olor a alcohol.

Era un hombre que había tirado su colchoneta debajo de los arcos de la recova. Debajo de las sombras, debajo de la luna negra, debajo de las historias heroicas.

Yo jadeaba, él me miraba con rencor.

A lo lejos se escuchaban las voces de los que me perseguían.

El hombre de la colchoneta pareció despertar de un sueño turbio y sorprendentemente me tendió la mano.

Vi a los de la fiesta curvar la esquina indicando mi posible paradero. Me desesperé.

El hombre de la colchoneta tenía ahora la mirada tierna. Le pregunté:

—¿Vos dormís acá?

Él asintió.

Entonces me acosté a su lado y nos cubrimos con su traperío.

Cristina Retamozo

Luján.

38.

San Telmo

Manuel camina por la calle Tacuarí hasta el conventillo de la calle San Juan. Detrás de una ventana que ilumina la galería, Carlos su compañero de facultad prepara los textos para estudiar. Golpea inquieto. Su amigo ingresa a la habitación. Carlos va hacia la cocina a preparar café.

Manuel observa su nombre escrito en el marco de la ventana. La abre y se arroja al vacío. Supo leer su nombre, el de su infancia. Carlos aterrado llama al 911. Enciende un cigarrillo mientras mira por la ventana.

Adriana Ferrari

Luján

39.

MEMORIA CLAUSURADA

—Vi su nombre escrito.

—¿Dónde?

— En una calle, un pasaje...

—¿Un pasaje de dónde?

—Fui con mis nietos a Luján, para que conocieran la Basílica y el Museo, lo de siempre. Cuando buscaba un lugar para comer, lo vi.

— ¿Estás seguro?

—Sí. Le saqué una foto. Mirá.

—Tengo que saber quién rescató su nombre.

—Me quitó el sueño lo que me contaste.

—Me imagino. Siempre quisiste saber sobre tus orígenes. ¿Averiguaste algo?

—Algo. Que a su tribu y a otras los arrearon a pie, desde Tucumán, San Luis, Córdoba, para reducirlos. Algunos se dispersaron y se unieron a otras tribus de Alberti, Mercedes, Luján.

—Yo tenía entendido que en Luján no había indios, que tampoco había sido atacada por malones, porque cuando se acercaban una espesa niebla cubría el poblado y los hacía desistir.

—Esa es una leyenda religiosa, una manera más de clausurar la memoria social y personal. La verdad es que Luján tenía una reducción, pero los españoles querían esas tierras e incendiaron la toldería y mataron a casi todos. El cacique tomó venganza, fuego por fuego, pero luego terminó haciendo tratos con ellos.

—¿Y cómo le fue?

—Lo traicionaron, lo encarcelaron, lo subieron a un barco. Él prefirió arrojar al agua antes que perder su libertad.

—¿Y cómo encontraste estos datos?

—Di con un libro y me contacté con el autor. Voy a encontrarme con él en Luján. También tiene antepasados originarios. Estoy muy contento.

—Confirma lo que siempre decimos de los libros, en mayor o menor medida no somos los mismos después de una lectura que nos atrapa.

—Es así. En mi familia nadie tuvo la inquietud de seguir las huellas que dejaron nuestros ancestros. Yo siempre lo quise hacer, por mí y para que mis hijos y mis nietos sepan que no todos los argentinos bajaron de los barcos.

—¿Cómo se llama el libro?

—Huellas de barro.

La historia del cacique Manuel Calelián fue recatada por el escritor e historiador Federico Suárez, ciudadano de Luján en HUELLAS DE BARRO.

La biblioteca del Merendero El rinconcito del Barrio Padre Varela de Luján, creada con la ayuda de jóvenes del Colegio Marista, lleva el nombre de Cacique Manuel Calelián.

Mabel Ramos

Luján

40.

Era un domingo por la tarde. Hacía frío pero el sol calentaba lindo. Camila, con su perra Michelin, realizaba su caminata dominguera acostumbrada. Solo que en esa oportunidad, Camila decidió cambiar su recorrido, tomando el caminito de las vías vacías.

Al pasar por la estación, Michelin se distrajo jugando con una perrita callejera. Su dueño estaba al lado... Una casilla de chapas, unos pedazos de maderas encendidas, una pava cubierta de hollín y un mate en mano captó la atención de Camila.

—¿Vos vivís acá? —le preguntó por todo saludo.

—¡Hola! —contestó el hombre y agregó—. Tu perra y la mía ya se hicieron amigas... ¿Querés un mate? Y extendió su mano, acercándolo.

Camila lo saludó y se disculpó por su torpeza. Nunca imaginó a nadie durmiendo en esa casilla abandonada, fría y tan desolada.

—Soy Carlos y sí, este es mi hogar —respondió sereno y con una sonrisa triste—. Tal vez nunca lo entiendas, pero soy feliz. Amo despertar con el canto de los pájaros, sentir el sol en mi rostro cada mañana y vivir cada día sorprendiéndome, sin planificar nada—explicó.

—Hoy, por ejemplo...—y su sonrisa se hizo ancha al decirlo—.

¡Celebro este encuentro con vos!

¡Así de simple, así de profundo!

Celia Inés Rossi

Los Toldos

41.

Al fin había llegado el día. Ahora sí el evento tan esperado tenía lugar, fecha y horario, después de haber sido postergado un par de veces.

Me di los últimos detalles frente al espejo.

—¡A ver, sí! Este collar está bien, justo para la blusa que estreno. Unos toques de perfume antes de salir, y allá voy.

Sabía que seríamos muchos. Una desprolijidad en la organización hizo que me sentara en cualquier lugar; estábamos los convocados junto al público en general.

Ya ubicada, comencé a recorrer con la mirada, buscando caras conocidas.

—¡Hola! ¡Hola! —saludé a cuantos alcancé a divisar.

A poco de dar comienzo con las palabras de bienvenida y apertura, el recinto estaba lleno.

Y ahí fue que lo vi, parado junto a la puerta de entrada. Sí era él, los años habían blanqueado su cabellera dorada.

Y ya todo fue distinto para mí. La convocatoria y su motivo pasó a un segundo plano. Estábamos a pocos metros después de tantos años.

Nuestros nombres coincidieron en la antología, me di cuenta después. Sólo después, cuando nos encontramos para la foto grupal, cada uno con el libro que habíamos recibido como obsequio.

Nunca imaginé esa coincidencia.

Me vino a la mente la canción de Serrat: fue sin querer, es caprichoso el azar, no te busqué ni me viniste a buscar.

¡Ese día siempre lo voy a recordar, porque fue cuando nos volvimos a ver!

Cristina Cingolani

Los Toldos

42.

Hacía más de diez años que se había ido.

Se pasaron muy rápido para él, pero para ella fueron una eternidad. La primera semana de su ausencia fue larguísima, cada minuto parecía que el tiempo se detenía.

El día que la citó en el bar de la vuelta de su casa para contarle de su decisión, ella se puso muy triste; jamás pensó que se iba a ir así de un día para el otro, tan de repente y sin anticiparlo.

Le dijo que se iba a ir a vivir a España, lejos de todo porque en Argentina no tenía futuro o eso pensaba. No lo dudó en ningún momento, ya que era lo que quería hacer. Ella lo único que llegó a decirle fue que ojalá se vean pronto.

Era su mejor amigo, aunque ella lo quería de otra manera, pero nunca se lo había dicho porque él solo pensaba en su futuro y en su carrera universitaria de la cual dependía para poder trabajar.

Ese día, cuando se volvieron a ver, estaba muy cambiado, no era la misma persona que hace diez años. Su aspecto físico era diferente, tenía el pelo bastante largo apenas se le veían los ojos verdes impactantes que tanto le gustaban a ella y una barba tupida que lo hacía un hombre de aspecto abandonado, como si nada le importara, cansado y con la mirada triste.

Ella en cambio se sentía la misma persona, como si todo estuviera como el día en que él se fue.

Su vida estaba igual. Ninguno de los dos se había casado, ni estaba en pareja. Todo parecía como si el tiempo no hubiera pasado.

Mariana Ormaechea

Los Toldos

43.

Era de mañana, el frío me pagaba en la cara una cachetada. Cruzaba la calle principal de la ciudad que, como siempre se mostraba intensa: autos por todos lados, gente por todos lados, no se podía caminar. Los negocios lucían esplendorosas vidrieras, pero mis ojos no podían son semejante alboroto. Unas señoras se contaban vaya uno a saber qué cosas y gritaban, pero la sirena de los bomberos le ganaba la partida sonora en aquel momento de conversación.

Una de ellas llevaba un sombrero azul con flores bordadas que apenas le dejaba ver los ojos, pero me llamaba la atención el movimiento rapidito de su bosa, parecía un robot en cortocircuito; la otra tenía un vestido tan pero tan colorido que no podía dejar de mirarla; las rayas iban y venían como caminitos porque a mí me costaba dejar los ojos fijos en un lugar de esos, con semejante cantidad de objetos y tantas vidrieras. Ansiedad y locura, así era aquella mañana de invierno en esa ciudad donde la gente se concentraba para nada, porque creo que nadie sabía por qué acudía a esa calle insoportable y desordenada.

En la esquina una confitería tradicional se destacaba por su fachada. Paredes de ladrillos a la vista con tirantes de pinotea. La pinotea me recordaba a papá adentro de la carpintería cuando le hacía escupir viruta a la garlopa y aserrín a la lijadora. El lugar olía a café y medialunas de manteca. Me quedé sentada mirando desde la ventana.

Miré y fue ahí, justo en ese instante cuando lo vi; prolijo, y bien vestido, de sobretodo negro, con muchas canas y lindo, tan lindo como mamá. Mi hermano se había ido hacía varios años y la comunicación escasa y lejana nos separó días, meses y años.

Cuando volvimos a vernos nos costó abrazarnos ya que no podíamos reconocer afectos. Esos afectos de familia unida y numerosa pero el abrazo apretado nos acercó a la infancia y surgieron los relatos como burbujas sopladas con mucho amor.

Fue ese día, cuando volvimos a vernos.

Marisa Chela

Los Toldos

44.

Con un simple mensaje vi todo mi pasado. “¿Vos dormís acá?” solo eso me dijo y fue suficiente para que reviviera todo lo sucedido sin la más mínima intención de hacerlo. Recordé esa rutina que se apoderó de mí, la que derrumbó mi vida y mi mundo entero. La que destruyó mi mente provocando un antes y un después, un ser que vivió y se convirtió en materia inerte.

Se me vinieron a la mente todos los rostros y voces de aquellos que nunca estuvieron; mi familia, que jamás existió, menos después de lo que pasó. Y entiendo que ahora no quieran saber nada de mí, si nunca les interesé. Pero más allá de todo llevamos la misma sangre y los necesité en el momento más duro de mi vida. Perdí mi trabajo, perdí mi casa, perdí a mi esposa y absolutamente nadie me consoló. Alguien tenía que ayudarme para que no sucediera. Aunque no fuera a propósito, no lo hice porque quise, no quería hacerlo, pero mi mente no me dio otra opción. Y no me considero inocente al decir esto, porque sé que matar a alguien no se supera de un día al otro, ni tampoco se olvida al cumplir la condena. Es muy doloroso y gracias al dolor que vive en mí día y noche entendí mi castigo, por eso necesito dejar atrás la soledad que me está perturbando. Necesito ayuda. Yo sé que no estoy loco.

No estoy loco, pero esta celda, estas cuatro paredes llenas de humedad y las rejas, de gruesos barrotes, que hacen de mi sitio un lugar oscuro, me están jugando en contra. No me dejan pensar. No me permiten razonar y Lucía me había mandado un mensaje preguntando si dormía con ella, ¿me habrá perdonado por lo que le hice a su novio? ¿Querrá volver conmigo?

—¡Seguridad! ¿Hoy hay algo para mí? ¿Otro mensaje? ¿Una carta? ¿Alguna visita?

—¡Hace diez años que nadie se acuerda de vos, flaco!

Santiago Delgavio

Los Toldos

45.

Esa mañana, mientras tomaba unos mates ligeros, comencé a planificar la tarea del día. Entre las previstas surgió una que venía postergando durante los meses de verano: ordenar el sector del placard de mi cuarto donde guardaba la blanquería. Hacia allí fui y comencé por sacar las sábanas de uso cotidiano, las que estaban más arriba, y colocándolas sobre la cama. Después, las “atesoradas”, esas que no usaba nunca: las blancas de hilo con vainilla bordada a mano, y una rosa de granité heredadas de mi abuela paterna. Después, las que habían sido de mi mamá, amplísimas, de color natural. Todas impecables y suavemente perfumadas.

Cuando el estante quedó vacío, con el trapo que usé para repasarlo, toqué un papel. Era un sobre, y en su anverso VI MI NOMBRE ESCRITO. No supe, no recordé qué contendría ni tampoco, desde cuándo estaría allí.

Con curiosidad lo abrí y desdoblé la hoja de carpeta.

Necesité sentarme cuando apenas vi de qué se trataba. Era la carta que Belcha -mi mejor amiga de la Secundaria- me había metido en el bolsillo del guardapolvo, el último día de cursada.

Sin poder empezar a leer, la puse sobre el pecho... y después de secarme los ojos, empecé la lectura. Las palabras, el cariño que expresaban, ¡los recuerdos!... eran tantos, que se superponían unos con otros. Pero primó el de la fotografía, que sentadas en un banco de la Plaza, nos hicimos sacar, tratando de estirar las polleras para que no se nos viera más allá de las rodillas. Y el primer baile, días antes del cuál le pedimos a San Antonio que nos invitara el chico que nos gustaba.

Ella tuvo su primer novio antes que yo y escuchar sus relatos era, para mí, como una telenovela de amor.

Al final, me decía: “te voy a extrañar”... Sos la amiga a la que confié mis secretos”.

“Te quiero mucho, Liliana”.

Liliana De la Torre

Los Toldos

46.

Como el silencio previo al momento en que se desata una tormenta, ese que acusa la gestación de un evento que alterará el paisaje para siempre, escucho el murmullo de la gente; viviendo con resignación algunos, habitando por convicción otros, un espacio público. Tribuna del pueblo.

Sé que no quedarán indiferentes a mi cuerpo, o lo que acaso queda de él, de pie, en este emblemático balcón. Doy un paso hacia ellos, sabiendo que me quedan pocos, desconociendo como cualquiera, cuántos con exactitud.

El cemento se siente frío al tacto.

Les hablo, callan.

Les ruego no bajen los brazos, se hermanan.

Les digo: “adiós” en mi corazón, me immortalizan a una sola voz, gastada de pedir justicia.

Me fundo en su abrazo, siento su sudor y su desamparo.

“No los abandones, Juan; ya habrá tiempo para nosotros, cuando volvamos a vernos”

Rocío Spiritoso

Los Toldos

47.

Ciudad de Buenos Aires, martes, mediodía, sentada en el suelo, usando de respaldo una pared del Teatro Colón. Me sonrío, me siento un poco parte de él.

Me encuentro absorbiendo sol, el aire fresco de invierno me renueva, cierro los ojos e imagino silencio.

Percibo a mi lado sentarse una persona... no quiero, no quiero abrir los ojos, expresarme, sonreír.

Sin embargo lo hago.

—Hola... ¿Vos vivís acá? —es casi mi voz, más joven, más limpia. Miro de reojo a una entusiasta adolescente con mirada expectante.

—¿Vos vivís acá? —reitera.

—Ahora sí —respondo. Miro mi reloj y agrego— me quedan 10 minutos y vuelvo a la oficina.

Susana Mercedes Rey

Los Toldos

El reencuentro

No sé cuándo dejé de sentir que me pertenecían los dedos de los pies. Debe de haber sucedido lentamente. Luego tomé conciencia de que no era dueña de mis rodillas. Espinas de escarcha acosaban intermitentes. De pronto fueron los brazos, antebrazos, ni las manos podían moverse. Imaginé mi palidez acartonada, sin nieve pero con viento sur que se colaba por la puerta de vidrio rajado y encima entreabierta. Sólo los dedos de la mano derecha lograban deslizarse movilizados por una fuerza superior.

Afuera, voces. Adentro, silencio. El silencio de las mentes que elucubran con la imaginación una forma de salvarse, de hallar la tibieza de sentirse vivos.

Más adentro, una extraña sensación y murmullo disconforme de tripas que reniegan peleándose entre sí por una idea.

Acá no hay historia. El personaje se esconde. Lo busco entre las letras. De pronto soy yo la que logra escabullirse de los otros. Tirito. Si hubiese un espejo no me reconocería. Debo estar muy pálida. Quizás azul.

Mi espalda da contra la pared. Está cubierta. Al menos nadie habrá de atacarme por detrás.

—¿Vos dormís acá? —pregunté en voz muy baja al perro alto y rubio

que rozó mis piernas en busca de calor y cariño. Me compadecí. Cuando llegase la noche haría más frío y ni siquiera enrollarse en sí mismo podría entibiárlolo—. No te aflijas, estaremos juntos —me respondió con la mirada.

En ese preciso momento fue cuando volvimos a vernos. Sólo reconocí tus ojos en medio de los que pugnaban por entrar. Después de tantos años volver a verte. Intenté acercarme, decirte que era yo, que estaba ahí, que estaba sola y...

Entonces vi mi nombre escrito en una pantalla virtual. Alguien apretó el botón para convertirme en una nueva estatua de hielo.

Leticia Larruy

Dolores

49.

El desafío de Ulises

¡Qué casualidad! Aquella foto vieja, ni imaginé que había quedado ahí, como atrapada por esas páginas amarillas.

Imágenes, situaciones, disputas, reconciliaciones, todo formaba parte de un déjà vu.

Otra imagen siguió a aquellas, eran esas de tu escritura nocturna en la playa, que sólo se veía desde el cielo. Surcos y más surcos que en la proximidad nada significaban, los pájaros podían ver como palabras.

No había luz en la sala...¿sería la noche?

Salí, el ruido de las olas me atrajo y en la arena vi mi nombre escrito.

José María Santilli

Arturo Seguí

50.

El perro

El perro en la ruta. Llueve. Camina apurado. La bici cruza... ¿La bici? Bueno, no, Augusto arriba de la bici cruza y no lo ve. Se da un porrazo. Los veo de lejos y también de lejos veo cómo el cana de la esquina, Abigalito, camina despacio para ayudarlo, sin ganas. Fue una boludez pero cuando llego, Augusto está sangrando y el perro, muerto.

Augusto no me reconoce.

Le duele y grita sin parar mientras le hago un torniquete con el pañuelo que llevo en el bolso. No sé de dónde me sale cierta autoridad y le digo a Abigalito que se mueva y lo lleve a la sala. Como sea, que llame por el aparatito. Creo que la autoridad me viene de que me ven entre extranjero y conocido, porque tampoco es que tienen tiempo para andar pensándose quién soy. Además, soy el único que se ha dado cuenta de que Augusto está fracturado. El pibe no hace otra cosa que llorar.

Llega la ambulancia del pueblo que hace rato no se mueve y lo cargan. No me decido a presentarme y me voy. Ni llegué y no será esta vez que me quede en el pueblo.

Alzo al perro que está empapado.

Ya será cuando volvamos a vernos.

Patricia Rojas

Arturo Seguí

La estación

Desde que llegaron mis nietos tengo un reverdecer en mis días. Pienso dónde vamos a ir, de qué vamos a “conversar” y qué cosas prohibidas vamos a comer... caramelos, galletitas y todas esas cosas dulces que su mamá y su papá (mi hijo) les niegan. Esta vez los llevé a conocer la estación de trenes. Fascinación total. Caminábamos despacio, ellos mirando asombrados todo y buscando de dónde venían los sonidos y los ecos que nunca habían escuchado, y yo mirándolos a ellos...las caras, los gestos, las reacciones, hasta que vi la columna con el viejo farol, al inicio del andén 1. Fue un flash, de repente me vi a mi mismo con 14 años, llegando hasta esta misma columna donde se colgaba el loco Danel, gritando y arengando a todos los que íbamos llegando con las banderas, gorros y camisetas de Gimnasia.

—¿Qué mirás abuelo? —me preguntó el mayor.

—Esa columna con el farol viejo —le dije.

—¿Y que tiene esa columna?

—Bueno...cuando yo era chico nos juntábamos justo acá con otros amigos, en esta columna, esperando que lleguen los más grandes, que nos subían a los vagones y nos hacían viajar arriba de los asientos (en realidad era acostados arriba de los portaequipajes, pero algunas cosas las tengo que pasar por la censura).

Hice upa al más chico y seguimos caminando por el andén, pero a los pocos metros me di vuelta para mirar la columna nuevamente... y lo ví, lo vi al loco, colgado, gritando y saltando, hasta parecía que me miraba, sonriendo como siempre a cada cara conocida que iba llegando.

Fue un día genial me dice mi nieto, lo que me pone feliz, pero además fue para mí un reencuentro con el loco.

Fue el día que volvimos a vernos.

Daniel Almada

Gimnasia y Esgrima de La Plata

52.

Vaso

La sala está vacía y fría, mis manos húmedas.

Patricia se acerca con el sobre, veo mi nombre escrito y no puedo disimular que lo he visto.

Me paro, camino hacia el dispenser de agua, agarro un vaso y me toca la espalda.

Me pregunta: ¿Vos dormís acá?

No le respondo, un sudor frío empieza a recorrer cada parte de mi cuerpo, se me nubla la vista y empiezo a temblar.

Dejo caer el vaso con agua y salgo corriendo.

Gastón Bonfantín

Tapalqué.

53.

Regreso

Se encienden las luces del pasillo. Los pasajeros comienzan a levantarse. Se ponen sus abrigos y se forman en fila junto a la escalera que los dirige a la puerta. Yo espero sentado en un asiento del fondo.

Desde arriba observo cómo uno a uno los pasajeros descienden y esperan a que los choferes les entreguen sus equipajes. Una vez que se van todos, bajo.

Me pongo la capucha de la campera, prendo un cigarrillo y camino en dirección a la circunvalación. Las calles están vacías, unas pocas bombitas de luz amarilla interrumpen cada tanto la oscuridad.

Entro al barrio y en la esquina de mi casa veo gente reunida alrededor de un tambor. Me agacho junto a un árbol y vigilo.

Uno tira un pedazo de madera al fuego, las llamas iluminan sus caras. Son Luís, Mencho y el Corto.

Comienza a helar. Tengo los dedos entumecidos y me muero de ganas de prender un cigarrillo. Alguien se aproxima a la esquina. Es Ramiro. Ahora sí, la banda está casi completa. Solo falta yo.

Ramiro saca dos botellas de su mochila. El Corto echa más maderas al fuego. Siento que el frío me sube por los pies y me congela hasta los huesos.

Decido que lo mejor será dar la vuelta a la manzana, cruzar el baldío y entrar por el patio. Apuro el paso y cruzo el baldío corriendo. Tomo impulso y salto la medianera. Estoy en mi casa.

La puerta de atrás está abierta. Entro a la cocina. Adentro está todo oscuro, salvo por la pantalla del televisor del comedor. Enfrente mi madre en su sillón, dormida.

Tinelli habla con una chica jovencita. La última vez que vimos juntos a Tinelli unos tipos se burlaban de gente común que caminaba por la calle, ahora el programa es un concurso de baile.

Me acerco suavemente. Ella abre sus ojos serenos. La beso en la frente y me pregunta:

—¿Esta noche dormís acá?

Oswaldo Gallo

Tapalqué

54.

Martes 28

Se levantó con el sol que le pegaba en la frente, sintió su calor...ya debía ser tarde, pensó. Apresurado buscó sus pantuflas, que siempre por alguna extraña razón huían cada vez que sus pies las necesitaban. Al preparar su café en su taza preferida repasó mentalmente todas sus obligaciones de ese día, y sintió la nostalgia de quien en algún momento de su juventud sintió que la rutina jamás lo alcanzaría. Sonrió irónicamente cuando su gato lo rescató de sus pensamientos reclamando su ración de whiskas. Le dedicó unas breves caricias en su lomo cuando una voz desconocida pronunció:

—¿Vos dormís acá?

Sobresaltado giró de prisa derramando el café en sus pantuflas. La puta madre, pensó. Sabiéndose solo en su departamento le resultó gracioso el poder de su imaginación cuando escuchó nuevamente:

—Che, vos, ¿dormís acá?

Noe Safra

Virrey Del Pino

55.

El mismo tren

Mientras me encontraba en la casa de una amiga, nos pusimos a hablar y me preguntó si me podía quedar a dormir luego de entre charlas y charlas dijo:

—¿Vos vas a dormir acá al final?

—No sé, dejá que le pregunto a mi mamá.

Saco mi celu del bolsillo, me alumbra el brillo en la cara y luego le mandé un mensaje y me confirmó que si me podía quedar a dormir.

En esa misma noche mientras estaba acostada en la cama, giré la cabeza y llegué a ver mi nombre en una carta no muy vieja pero ya se encontraba amarillenta la hoja, posada sobre una mesita de luz que se encuentra al lado de la cama, en aquella carta decía:

—Recuerdo aquel día en el nos conocimos, estábamos al rumbo a un destino en el mismo tren, recuerdo que te vi junto a la puerta donde justo te robaron el celu por andar despistado y tuviste que pedirme ayuda para llamar a alguien, me pregunto si ese día volvimos a vernos.

Rebeca Valdez

Virrey Del Pino

56.

Bolsa

El río corre lentamente por la verde pradera, su agua transparente parece un espejo.

Solo escucho el suave sonido del agua sobre algunas piedras. Camino lentamente por la orilla durante un buen tiempo, solo de vez en cuando oigo algún trino lejano, pero de todos modos pienso que este lugar es solo mio y que soy el primero que lo disfruta tan intensamente.

Luego de caminar algunas horas , parando de a rato y en absoluta soledad , veo a lo lejos un bulto que a la distancia no puedo distinguir de qué se trata. Al llegar a pocos pasos veo que se trata de una bolsa de dormir. Mi sorpresa no tiene límite. ¿Cómo llego hasta este lugar tan alejado de esa bolsa?

Me quedé unos minutos observando y pensando mil variantes que justificaran la bolsa abandonada en ese lugar lejano y solitario. ¿Qué razón habrá tenido su dueño para abandonarla?

De pronto vi que la bolsa se mueve, me acerco lentamente con temor y veo aparecer una cara con una enorme sonrisa y lo único que se me ocurre es preguntar: ¿vos dormís acá?

María Giannetta

Virrey Del Pino

57.

Asfalto

Mi respiración se acelera, vengo caminando muchos kilómetros, tal vez demasiados. Estoy transpirando, el sol no ha dejado de apuntar a mi espalda. Mis piernas me duelen, las siento hinchadas. Mis pies están muy calientes, ya me duelen. Y cada paso me aleja de su casa y cada vez más rápido.

Hay algo que veo en el camino. No lo distingo, saco los anteojos de mi bolsillo para poder definir lo que veo. No lo puedo creer es mi nombre escrito en el asfalto y con letras grandes de color rojo. Parece sangre. ¡¡¡Sí!!! Mi nombre está escrito... no lo puedo creer...

No puedo hacerlo más rápido, no creo poder hacerlo. El ritmo de mi corazón va como al galope. Debo calmarme. Debo respirar. Debo dejar de pensar. Me duele la cabeza.

Miro el asfalto y vuelvo a leer mi nombre. Y no lo puedo creer.

Miro para atrás y no viene nadie. Comienzo a escuchar el silencio, los pájaros me dicen que esto se va a terminar. Se acerca la noche y ya no doy más.

Nora Luna

Virrey Del Pino

58.

Volvieron

Llegué tan cansada que ni pensé en comer, sólo quería dormir. Había entrado el sol por el ventanal durante toda la tarde así que la habitación estaba calentita y yo preparada para acostarme y taparme con el acolchado de corderito. Sentía que dormiría “a pata ancha”, silencio, oscuridad, respiración tranquila...

De pronto escucho:

—¿Vos dormís acá?

Habían vuelto. Ese pelo azul cayendo sobre la mesa de luz los delataba, eran ellos, estaban ahí, siempre ahí, debajo de mi cama, listos para atormentarme. ¿Se irían alguna vez? ¿Por qué vuelven una y otra vez?

Empecé a sentir frío, estaba aterrada, no podía mover los pies.

¿Serían ellos o mi cansancio?

Y de nuevo:

—¿Vos dormís acá?

Y pensé: “ya tenés 50 años, basta de tenerles miedo, haceles frente, animate, contestales, no te quedes paralizada...”

Y como pude dije:

—Sí, duermo acá. ¿Ustedes dónde duermen?

—¿Ustedes? Soy yo solo. Y siempre dormí en el hoyito de tu mejilla.

Patricia Pereyra

Virrey Del Pino

59.

La despedida definitiva

Cuando volvimos a vernos conversamos de nosotros, comimos, brindamos, bailamos y nos quedamos dormidos. Despertamos, nos despedimos, quisimos vernos nuevamente pero no coincidimos más, nos extrañamos y no sabemos cuándo nos veremos otra vez. Un día vi mi nombre escrito en tu taza de café y me alegré.

Nora Chico

Dolores

60.

Espejo

Vi mi nombre escrito en el espejo con lápiz labial. El carmín era el color que solía usar Cecilia las pocas veces que se pintaba los labios. Ella prefería la sencillez de la cara lavada, el pelo mojado y unas sutiles gotas perfume detrás de sus orejas, pero cuando alguna fiesta requería un poco de sofisticación, dejaba su atuendo habitual que consistía en jeans, remera y zapatillas, utilizaba algún vestido y pintaba sus labios. Elegía el carmín, un color que ya no se usaba, como señalándole al mundo su disconformidad con el caretaje. Pero Cecilia me dejó, ¿hace cuánto ya? ¿Quince años? No le encuentro sentido a todo esto.

Se dio un baño frío y despejó su mente, se dirigió a la cocina y preparó un café mientras dejaba en una caja botellas vacías.

Juan Manuel Cuello

Dolores.

61.

Fin

Unos pasos rápidos y nerviosos recorren los pasillos de una casa sombría. Solo se escucha el crujir de las puertas y el vaivén de los cierres de las valijas, que intentan contener con apuro lo imprescindible y lo invaluable.

Cada cajón que se vacía llena de lágrimas los ojos de Andrea, cada recuerdo que se desploma de las paredes se convierte en una melodía solloza que inunda la habitación.

Andrea no tiene lugar donde guardar las dudas, los miedos, la desilusión. Andrea tiene desordenado el porvenir, pero intenta que la escena de este final aparente una armonía. Por eso se encarga que lo único que quede fuera de lugar, sea un papel sobre la mesa que con temblorosa letra dice ¿vos dormís acá? Porque hace mucho que yo no, solo faltaba el cuerpo marcharse. Adiós Horacio, ahora sí.

Yanina Gazzaniga

Dolores

62.

A veces los días me resultan eternos. Depende del destino que le otorgue a las horas. Cuando la actividad es placentera, tengo la sensación de que las agujas del reloj marchan a mayor velocidad. Mientras que si la actividad que llevo a cabo no es interesante para mí, cada segundo suele valer el doble o el triple.

En este momento, aguardo ser recibido por mi médico en la sala de espera de su consultorio. Llevo hojeadas unas cuantas revistas, y repetidas veces abrí el Facebook para enterarme de las novedades. Pero ningún recurso me sirve para achicar la espera. Es como si estuviera aquí desde hace días, o como si toda mi vida hubiese transcurrido en este lugar.

Siempre deseé y traté de hacer solamente cosas que me gustan. Por eso, cuando sé que algo bueno está por venir, prefiero que no llegue nunca, porque será tan vertiginoso su paso, que apenas comenzado tocará su fin. En estos casos se da un fenómeno opuesto a la ansiedad: en vez de pretender que el acontecimiento se materialice lo antes posible, trato de hacer que se dilate su concreción e inclusive, que no suceda nunca. Ahora que lo pongo en palabras, me suena bastante patológico. Pero la realidad es que si hiciese únicamente lo que me gusta, no padecería estas contradicciones.

Aunque en este instante intuyo que mi vida está a punto de cambiar. Acabo de revisar mis mails en el teléfono. Tengo uno en relación al casting que realicé hace dos semanas para ingresar a un proyecto teatral, y está la lista de seleccionados. Cuando “vi mi nombre escrito”, casi doy un grito delante de todos los que esperan conmigo.

Por primera vez deseo que el tiempo pase rápido para integrarme al grupo. Sé que a partir de ese momento, mis días estarán en función de una ocupación que me hará feliz y me obligará seguramente a cambiar la traumática percepción del transcurrir de las horas.

Daniel Cheruna

Arrecifes

Esca(p)

Las sirenas sonaban, rompiendo con el soundtrack cotidiano que nos rodeaba, caños de escape rotos; llantos de bebés; discusiones; celulares y demás máquinas. Corremos, no respiro, me tropiezo y caigo, no escucho. Las sirenas tapan todo. Veo tus labios moverse... se abren y se cierran, se abren y se cierran. Tus ojos marrones están bien abiertos y tus pupilas dilatadas, el sudor corre enchastrándote la cara —se te pega la tierra y la mugre que vuela por el lugar— como puedo me muevo, vos me metés tus manos debajo de las axilas y de un solo movimiento me levantás. No hay tiempo ni para decirte lo mucho que me gustás. Se acercan, me decís y corremos todavía más. Mi corazón bombea tan fuerte, va a explotar pensé, mientras casi sin aire me decís “dale, el refugio está por allá”. Mis piernas no responden, los tirones en los gemelos son cada vez más fuertes, en las plantas de los pies siento cuchillos que me atraviesan, como si sólo estuvieran destinados a perforar la carne y el músculo hasta sacar la última gota de sangre.

Te escucho, a los gritos me decís “ahí está la puerta” mientras me arrastrás hacia un agujero negro metido bajo tierra, “no mires para atrás, se acercan” y te entiendo a pesar de la agitación. Observo como tirás tu cuerpo a tierra y empezás a arrastrarte en esa oscuridad, mi mano se suelta de la tuya, avanzás y me llamás pero ya es tarde, como siempre no te obedecí, hice justamente lo que me pediste que no hiciera, los miré.

Los grises estaban sobre mí, cerré los ojos. Siento un golpe frío y muy

fuerte en la espalda, me animo a abrir los ojos una vez más y hay algo a mi lado, grito. Se agitan unas sábanas y de ellas emerge un rostro que creo reconocer, me resulta familiar es... ¿mi vecino? Me mira y devuelve el grito “¡Milagros! ¿¡d-dormís acá!? ¿¡Cómo entraste!? Escúchame, ser sonámbula no te habilita a estar en mi departamento y mucho menos en mi cama”.

Milagros Neiff

Arrecifes

64.

Otra vez la misma angustia, al pensar que es demasiado temprano para salir, para subir a un colectivo y alejarse. Siempre esa sensación de que quedó una puerta abierta, algo sin terminar o fuera de su lugar.

¿Y si no subo? Miro el boleto, ahí está mi nombre, el horario y el destino. Cuando suba se me va a pasar.

Busqué mi asiento, aunque iba casi vacío. Éramos sólo tres pasajeros. Unas filas más atrás iba una señora mayor —más que yo— y un niño que supongo será su nieto. Siempre pienso adónde irán, de donde vienen, quien los espera...

Estaba ya por cerrar los ojos. Me duermo muy fácil en un colectivo y así el viaje es más corto. El nene, como era lógico por aburrimiento, se me acerca.

—¿Vos cómo te llamás? —me preguntó.

—Pedro —le dije. Aunque ese no es mi nombre.

—¡Yo tenía un amigo que se llamaba Pedro! —me dijo— Pero no lo veo más porque nos mudamos de ciudad. Me gusta el nombre Pedro...

El pibe había encontrado en mí, algo de su amigo, su nombre, justo lo que yo no tenía. Y corrió a contarle a su abuela que ahora conocía a otro Pedro.

Pensé en el motivo de mi viaje. Una reunión mensual de negocios que

no existía y el encuentro con un amor fingido que duraba menos de 24 horas todos los meses. Un amor en una ciudad lejos... al que nada de mi vida en el pueblo podía rozar.

El encuentro con el pequeño pasajero en el colectivo me hizo acordar a la primera vez que nos vimos. La primera vez que nos miramos, y la lógica pregunta inicial en toda relación:

—¿Cómo te llamás?

—Pedro— le dije.

Mario Zaccaria

Arrecifes

65.

Tengo la suerte de desayunar a diario con mi abuela Josefa, ella es feliz tomando té de frutilla y comiendo galletitas con dulce y queso, yo me tomo un café negro.

La abuela todos los días me cuenta la misma historia: lo que vio por la ventana, las peleas de los vecinos, todas las “noviecitas” que mete Juancito a la casa cuando sus padres no están, entre otros líos de pollera y cuestiones de jubilados; yo me niego a hablar de mi vida amorosa porque es un desastre, pero sí le cuento de cómo me va en las carreras de motos, mis caídas, los estudios y no mucho más porque la abuela se aburre y me interrumpe; a veces solo nos miramos, le doy un beso y me voy.

Para ir hasta su casa paso por la avenida de la muerte, donde los semáforos funcionan cada dos por tres, los autos ni pisan el freno cuando pasan la esquina y para cruzarla a pie hay que rezarse un padre nuestro y por las dudas dos ave maría, para que ninguno te levante para arriba “como sorete en pala”, diría la Josefa.

Hoy 9 de octubre de 1999, no puedo ir a desayunar con la abuela y eso me pone demasiado molesto, llamaron a mis viejos a que se presenten urgente en el hospital. Mis padres suben al auto y van bastante alterados, discutiendo como es de costumbre, voy sentado atrás y no me escuchan cuando les digo que se calmen un poco, que me expliquen porque vamos con tanta prisa, ni siquiera me miran; llegamos al hospital, entramos corriendo, subimos dos pisos por las escaleras, porque el ascensor como de costumbre no funciona. En el piso de terapia intensiva nos recibe una enfermera, muy amable, les explica a mis viejos un proce-

dimiento de algo que no alcanzo a escuchar y firman un papel, entraron a una habitación y me cerraron la puerta en la nariz, no puedo soportar no entender qué está pasando, me acerco al papel y sobre él, vi mi nombre escrito junto al número de habitación, cada vez entiendo menos, entonces decido ingresar, mis padres lloran desconsoladamente sobre un chico, me acerco un poco más, y me veo, veo mi cuerpo que yace sobre una camilla de sábanas blancas, fría. Josefa aparece a mi lado, me agarra la mano, me mira, me contiene, sonrío, raramente me tranquiliza; ahora comprendo todo, mi muerte es cerebral, me quedo en silencio, mejor dicho estamos todos en silencio, de repente nos aturde un piiiiiiiiiiiiiiiiiiii.

Denise Escalante

Arrecifes

PROPUESTA CONSIDERADA ATREVIDA

Y eso que se me ocurrió referirle, previamente, como para hacerla entrar en tema y para que, además, no desconfiara de mi buena fe, una anécdota de lo ocurrido en el Colegio, cuando una de mis nenas cursaba su segundo año de Jardín. El caso fue así: me llamaron para informarme que en el baño de las niñas habían encontrado a varios varones, observando a varias nenas con la bombacha baja. El revuelo, que más que revuelo llegó a constituir un escándalo, terminó al día siguiente, cuando en la reunión prontamente organizada con presencia de directivos y padres, las involucradas de manera por demás inocente, explicaron, que lo habían hecho porque ninguno de los mirones, tenía hermanas. “¿Cómo no mostrarles, cómo somos”, dijeron.

Bueno, eligiendo un momento oportuno en la reunión organizada, por su marido, con motivo del cumpleaños de mi mejor amiga, esposo de toda su vida en primeras nupcias recíprocas, por más de cincuenta años, no daré nombres para no dejarlos mal parados, se me ocurrió la nefasta idea de sugerirle que me permitiera, por un instante, observarlo desnudo. Y como prueba de mi inocencia le dije: -desde detrás de un cortinado, por supuesto. Inmediatamente pegó un grito dirigiéndome de reojo su mirada, para, ni siquiera, mirarme, agachó luego la cabeza y tomando fuertemente su teléfono, me bloqueó el whatsapp. Y desde ese momento, llevándome por la espalda hacia la puerta, con su dedo índice, me hizo salir de su casa, sin pronunciar palabra; a los empujones. A partir de allí y para siempre, me negó el saludo. Lástima.

Sola, triste y amargada, ahora me encuentro clausurada y bloqueada no sólo en su teléfono, sino de todos los grupos de WhatsApp a los que individualmente pertenecía yo. Y para colmo veo mi nombre completo escrito en todas las redes.

Por eso me pregunto: ¿Cómo llegó a ser posible que no haya entendido mi situación de viuda fiel, desde más de treinta años? Y por sobre todo, ¡mi cristiana buena intención para con ellos!

Amanda Patarca

Arrecifes

67.

Cuando los vuelva a ver

Comenzaba otro verano para este matrimonio porteño, ya mayor; Nélida y Ernesto, quienes esperaban disfrutar como siempre, de su bella casa, en la isla del tigre, alguna quincena.

Todo allí era paz y placer; el verde del paisaje, el marronado del agua, el trino de calandrias y gorriones.

Ernesto había plantado años atrás, una higuera para complacer con los deliciosos frutos, a su mimada esposa.

En los últimos tiempos, algo empezó a andar mal. La invasión de cotorras, picaban los frutos antes de su madurez y resultaba imposible cosecharlos con éxito.

Nélida se entristeció por esta causa.

Ernesto pensó en una solución; parecía algo difícil, pero quiso intentarlo.

Construiría una jaula gigante, con postes y tejido, para proteger el árbol y así quedarían a resguardo los frutos.

Pasó el tiempo, la obra se realizó, la producción prosperó y Ernesto y Nélida, cada temporada disfrutaban de esas golosinas naturales tan valoradas.

El verano actual llegaba abrazador; el matrimonio, subió con dificultad

a la lancha que transportaba a la isla; guardaban silencio; se percataban de su adultez.

Al llegar se tomaron del brazo y avanzaron lentos hasta el paradisíaco lugar, con la esperanza de volverlos a ver...

Fue en ese instante, cuando distraída tropecé con un cajón y la realidad me llevó a contestar: perdón, voy a llevar dos kilos para hacer dulce.

Elena Azarola

Arrecifes

**INSTITUTO
CULTURAL**



GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE
BUENOS AIRES

